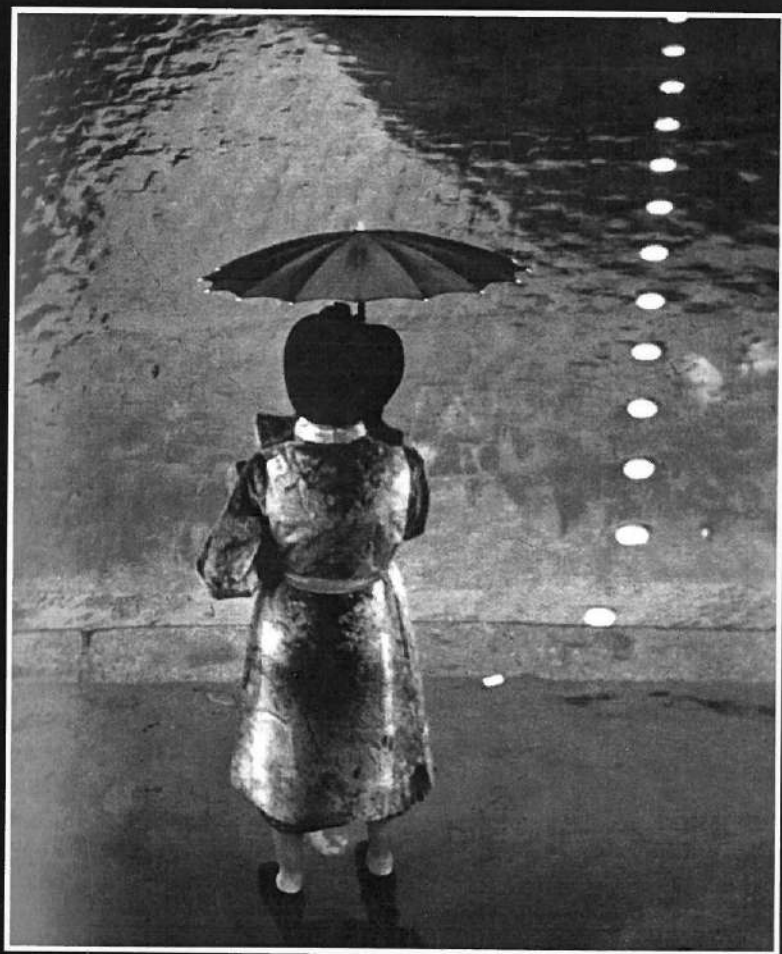


~ Fanny Ustarroz ~

ZOOM



PROSA
EDITORES



FANNY USTARROZ nació en Carlos Tejedor, provincia de Buenos Aires. Se graduó como Licenciada en Psicología en la Universidad del Salvador y como Licenciada en Letras en la Universidad de Buenos Aires.

Trabajó en el Hospital Francés de Buenos Aires y fue docente en la cátedra de Salud Mental de la Facultad de Medicina de la UBA.

Como escritora, publicó la novela *Harto pobre caballero*.

ZOOM

Ustarroz, Fanny

Zoom / Fanny Ustarroz. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prosa y Poesía
Amerian Editores, 2017.

84 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-729-314-2

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

PROSA Editores, 2017
Uruguay 1371 - C.A.Bs.As.
Tel: 4815-6031 / 0448
info@prosaeditores.com.ar
www.prosaeditores.com.ar

Impreso en Argentina, diciembre de 2017,
en Amerian S.R.L.
info@ameriangraf.com.ar
www.ameriangraf.com.ar

ISBN Nro: 978-987-729-314-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio o procedimiento sin permiso escrito del autor.

~ Fanny Ustarroz ~

ZOOM

PROSA
EDITORES

A mis nietos Ramiro, Josefina y Bruno.

Agradecimientos:

*A Marta Braier, Adelaida Vallini y Anne Le Brestec
por sus sugerencias y apoyo.*

*A mis amigos y a mi familia por su irreemplazable
y continua presencia.*

ZOOM

En las tranquilas aguas del río se refleja la luz de una ciudad que se extiende a su orilla. En la ciudad un parque arremolina a su alrededor el trazado de un barrio. En el barrio las sombras duermen en los adoquines de las calles. En las calles las siluetas de las casas bajas se ven interrumpidas por un edificio en torre. En la torre la fachada está pobremente iluminada por la luz de una ventana. En la ventana se adivina el contorno de un rostro. En el rostro se desliza una lágrima.



PEDRO

No sé por qué no lo pensé mejor. Me habían avisado. “Eduardo, no te metás en ningún quilombo, sos muy nuevo en todo esto y vas a perder seguro”. Yo lo entendí, pero cuando llegó el momento y lo vi a Quinteros tirado en el piso mientras el loco Salerno le pateaba la cabeza, no aguanté y quise defenderlo. No fue por hacerme el valiente, me salió solo. Para cuando me di cuenta, tenía a tres guardias pegándome y agarrándome los brazos y a Salerno y a otros de la banda de *Los Capos*, gritando que yo había empezado la pelea con Quinteros y, también, que habían sido mis pies los que lo habían dejado sangrante y más del otro lado que de éste.

Al principio protesté a los gritos pero después me ordené callarme. Era claro que cuanto más lío armara peor me iban a castigar. Me llevaron a la oficina del director del penal y desde allí me trajeron y me arrojaron dentro de esta celda aislada donde estoy ahora. Tengo tres meses por delante para sufrirla.

Nunca pensé, cuando intenté estafar al Banco como había hecho Fendrich unos años atrás, que la cosa iba a salir tan mal. Yo, que siempre me creí el más vivo, descubrí que me faltaba muchísimo para llegarle a la altura de los zapatos a mi héroe. Al mes de empezar a mover las cuentas que no me pertenecían, me descubrieron, me hicieron un juicio y me trajeron a esta cárcel. Por suerte tengo cincuenta años, soy grandote y, hasta que pasó lo de la pelea, había seguido los consejos que me habían

dato para estar tranquilo. Aprendí a ser discreto, no me metí con nadie y todo venía bastante bien.

Ahora empieza otro capítulo.

Esta celda tiene una cama estrecha, un lavatorio viejo y roñoso y un balde del cuál mejor no hablar. Como uno ha visto en tantas películas, no hay ventana y la luz está prendida todo el tiempo para que el preso no sepa siquiera si es de noche o de día y caiga en la mayor confusión posible. Por suerte, soy hombre de hábitos muy marcados y hace años que me duermo a la once de la noche y me despierto a las siete de la mañana. Espero continuar con ese ritmo porque me ayudará a mantener en orden mi cabeza.

Antes de que me trajeran aquí, me dieron un caldo con cinco fideos porque era la hora del almuerzo. En un descuido del guardia escondí la cuchara de plástico en la cintura del pantalón. Estoy seguro de que el preso que estaba atrás mío me vio pero, por suerte, no dijo nada. Ahora la tengo en la mano, con ella voy a ir marcando cada día un palito en la pared para estar más seguro de no perder la noción de tiempo.

La otra variable importante que tengo que cuidar para mantenerme lúcido es el espacio. Por supuesto que en este caso no hay dudas sobre dónde estoy; acá el problema es otro. El tamaño del calabozo es tan mínimo que voy a prepararme una rutina de ejercicios para no salir convertido en una babosa.

Bueno, ahora sí, enfrentemos la peor dificultad. ¿Qué puedo hacer para distraerme? No puedo leer, ni escuchar música, ni hablar con nadie. Ni siquiera los guardias nos dirigen la palabra. Esto sí me asusta. ¿Cómo se pasa horas y horas en un lugar sin nada para hacer y sin contacto con ninguna otra persona? Hasta Robinson Crusoe necesitó a Viernes. ¡Y él no estaba encerrado!

Las marcas de la pared muestran que terminó una semana. Estoy agotando la galería de imágenes de mi memoria. Han desfilado mi esposa, mis hijos, mis padres, mi hermano, mis amigos, mis ex novias. He tratado de recordar momentos que compartimos, cómo los conocí, qué sentía respecto a ellos. A esta altura revuelvo en mi cabeza y no encuentro nada nuevo. Voy a tener que ampliar la búsqueda de conocidos; hasta el tipo que vendía tarjetas de estacionamiento en la cuadra de casa no paro.

¡Ah, ya sé! Tengo una buena idea. Voy a tratar de acordarme de los libros que leí, sus historias, el nombre de los autores y, por ahí, el de los personajes...

No siempre es entretenido lo que viene a la memoria. El otro día recordé un cuento sobre alguien que había sido encerrado en un calabozo, creo que por la Inquisición, donde todos los días las paredes se deslizaban unos pocos centímetros hacia adentro. No sé quién lo escribió, pero sentí que me faltaba el aire; los tres días siguientes medí con mis pasos el tamaño de la celda para estar seguro de que no se había achicado.

Bueno, ya está, se me terminaron los libros. Voy a comenzar con las películas. La primera será *El puente sobre el río Kwai*, así estoy seguro de que mi encierro podría ser mucho peor. La segunda, por supuesto, será *Papillon*. Con todas las fugas que el tipo se mandó, ahora está primero en mi ranking de héroes por encima incluso de Fendrich.

Me estoy empezando a descontrolar y no puedo permitir que eso me pase. Cada tanto me duermo de puro aburrido y me cuesta llevar la cuenta de los días. Para no perderla, he decidido guiarme por las dos comidas diarias que me traen. En algún momento, pensé en gritar y hacerme el sufriente para que me llevaran a la enfermería y poder escuchar alguna voz humana. El problema es

que se van a dar cuenta de que no me pasa nada y van a terminar aumentando los días de castigo. No, no es una buena idea.

No quiero, no debo ilusionarme, pero ayer me pareció que del otro lado golpeaban la pared de mi celda. Fue en medio de la noche, desperté sobresaltado y por eso no estoy seguro si ocurrió o no. Voy a estar alerta.

¡Sí! ¡Sí! Ayer a la mañana mientras hacía mis ejercicios, escuché con claridad los golpes. Inmediatamente me acerqué y también aporreé la pared. Durante un largo rato se sucedieron los puñetazos de los dos lados hasta que, de pronto, el otro preso se quedó en silencio.

En poco más de un mes, es la primera vez que un ser humano se ha dirigido a mí tratando de que note su presencia. Si no estoy solo, no podrán enloquecerme.

Desde la primera vez que escuché los golpes la rutina no ha variado. En cualquier momento del día o de la noche, mi compañero se hace presente en la pared para saludarme y para que no olvide que él está. Yo respondo enseguida y mantenemos el contacto, a veces más de una hora y otras, unos pocos minutos. Me intriga el por qué de los distintos horarios y los tiempos tan irregulares. No sé si es que duerme mucho, o si tiene alguna enfermedad y no siempre se siente bien o, tal vez, es un preso peligroso y lo tienen muy vigilado. ¿Tan peligroso como para hacer alguna maldad en las condiciones en las que estamos? De todos modos, como no conozco la causa por la cual aparece y desaparece, he decidido que lo mejor es dejar que sea él quien tome siempre la iniciativa.

Lo he bautizado Pedro, no es muy original pero por eso mismo me gusta llamarlo así. Es él y a la vez puede ser cualquiera. Las horas pasan mientras espero su señal y los quince días que me faltan para volver a mi celda se

me hacen más fáciles de lo que pensaba. No me ganaron, no me volví loco, apareció un compañero y me salvó.

Hoy es el gran día, estoy esperando que vengan a buscarme. Hace un rato golpeé despacio en la pared para despedirme; no tuve respuesta. Como ya el castigo se cumplió voy a ver si el guardia me habla y me quiere dar el nombre verdadero de Pedro. Quiero esperar su salida para darle un abrazo y agradecerle lo que hizo por mí.

*

Che, el coso que salió hoy de la solitaria se rechifló. Cuando fui a buscarlo, me preguntó el nombre del preso que estaba en la celda del lado derecho. Le contesté que no había nadie y, como no me creía, lo llevé para que viera que la pared da a un pasillo con una ventana. Le conté entonces que, hace más o menos dos meses, una de las hojas se rompió y, cuando el viento sopla fuerte, la golpea contra la pared del calabozo donde él estaba. Le dije que me parecía raro que no la hubiese escuchado y el boludo empezó a las carcajadas y se le saltaban las lágrimas de la risa. Siguió así todo el camino del pabellón. Por un momento estuve por revolearle un sopapo, pero después pensé: “¡Qué le voy a pegar si está más loco que una cabra!”. Entonces, ahí nomás lo agarré de un brazo y se lo entregué a Díaz, el guardia que lo estaba esperando para llevarlo al calabozo anterior.



LA INICIACIÓN



Si había algo que yo odiaba de chico, era la llegada del fin de semana con su obligada excursión a la casa de Escobar. Cuando era invierno, todos los cuartos deshabitados durante el resto de la semana estaban tallados en hielo. Por esa razón debíamos viajar el viernes a la noche, llegar, prender en forma inmediata la salamandra del living comedor y ubicarnos a su alrededor hasta que el calor comenzara a penetrar por las paredes, pisos y techo de la pequeña vivienda. El frío era tal que a la noche mis padres, mi hermano y yo, nos acostábamos en el piso del living, cerca de la estufa y dentro de los sacos de dormir que guardábamos para la ocasión.

Por la mañana, cuando nos levantábamos, Nicolás y yo salíamos a correr, saltar y montar en bicicleta; más para sacarnos el frío de adentro de los huesos que por la diversión en sí. A la hora del almuerzo colocábamos la mesa de la cocina al sol, si lo había, y comíamos con voracidad. Mis padres se miraban entre ellos y comentaban: “¡Qué bueno que tengamos este lugar para traerlos! ¡Hay que ver lo genial que lo pasan y cómo se les abre el apetito!”. Cuando terminábamos, mi hermano y yo volvíamos con rapidez a jugar a la escondida o a disputar carreras en bicicleta porque sabíamos que, alrededor de las cinco de la tarde, el frío nos empujaría adentro de la casa. A partir de entonces, veríamos televisión o trataríamos de buscar algo para entretenernos en ausencia de los juegos y las revistas que teníamos en nuestro departamento en Buenos Aires.

Como no hay mal que dure cien años, es lo que dicen, el domingo comíamos un asado que preparaba papá y luego nos volvíamos temprano para evitar que la autopista estuviese congestionada.

En pleno verano, el programa no era mucho más tentador. Partíamos el sábado temprano y, en cuanto llegábamos, hacíamos lo mismo de siempre: correr, gritar y pedalear. La única diferencia era que, con el calor, debíamos buscar refugio en la casa y esperar que el sol bajase para volver a salir a jugar afuera. En cuanto a la mesa de la cocina, se la sacaba de noche y se la colocaba en el patio para comer allí el infaltable asado.

La familia llamaba pomposamente “quinta” a este lugar que mis abuelos habían comprado y al que le habían hecho algunas mejoras. Sin embargo, ellos nunca se habían planteado construir una pileta ni, porteños al fin, plantar algunos árboles y esperar con paciencia a que crecieran y dieran sombra. Mis padres sí querían agregarle la pileta, pero siempre estuvieron con la plata justa y no pudieron hacerla. Por lo tanto, la dura realidad es que “la quinta” no era otra cosa que una casita, un terreno grande y un pino.

Y ese pino, precisamente ese pino, me había obsesionado desde muy chico. No una ni dos, mil veces papá y mamá nos habían dicho que no tratáramos de subir en él porque era muy alto y lo menos que nos podía pasar, si nos caíamos, era que nos rompiésemos una pierna o un brazo. A Nicolás le bastó y sobró el mandato para que ignorase al árbol. Para mí, el hecho de que lo hubiesen señalado con un “no” fue la forma perfecta de ubicarlo en el centro de mi deseo.

Cuando estaba en el patio, corría a su alrededor y especulaba con cuál sería el mejor camino para treparlo. Cuando estaba adentro de la casa, lo espiaba desde las

ventanas y, en un único movimiento, desechaba por ridículos los temores de mis padres e imaginaba cómo sería llegar a la punta de la copa y observar todo desde allí.

El problema más grave para intentar la hazaña no era la prohibición sino la falta de oportunidades para concretarla. Estaba claro que, si alguna vez que estuviese presente Nicolás yo lo intentaba, él saldría corriendo para avisarle a papá y a mamá lo que pretendía hacer. No lo haría por malo sino por tonto, había aceptado lo que le habían dicho y tendría miedo de que me pasara algo.

Yo había cumplido doce años un mes atrás, el día en que se dieron las circunstancias que tanto esperaba.

Era una mañana de marzo, lo recuerdo muy bien, y Nicolás había amanecido con un poco de fiebre. Mis padres entendían que era sólo una leve gripe producto de un cambio brusco de temperatura pero, para quedarse tranquilos, decidieron llevarlo al hospital de Escobar. Pedí entonces que me dejaran quedarme en la casa, era seguro que en el hospital pasaría un largo tiempo hasta que un médico pudiera atender a mi hermano. Mi papá sostuvo que yo tenía razón y edad suficiente para estar un rato en la quinta solo, mamá protestó un poco pero finalmente cedió. Me dieron un beso, subieron al auto y me saludaron con la mano mientras se alejaban por el camino de tierra.

Con mi reloj controlé que pasaran quince minutos, para estar seguro de que no iban a regresar por alguna razón, y me dirigí al pino. Me abracé al tronco y me elevé por encima del ángulo que formaba con una rama gruesa, apoyé allí un pie y comencé a subir. Con mucho cuidado, fui probando la resistencia de las ramas a las cuales me asía y la de aquellas sobre las que me paraba. Mi referencia para calcular la altura en la que estaba, era nuestra casa. Cuando me vi más elevado que su techo

me asusté un poco, pero igual seguí hacia arriba. No tenía idea de cuantos metros me separaban del suelo, pero sabía que eran muchos. Casi en la punta del pino, me detuve y miré emocionado a mi alrededor.

Desde la cima del árbol se veían las dos quintas vecinas. La de la derecha, con sus tejas rojas, su huerta y sus árboles frutales; la de la izquierda, casi tan abandonada como la nuestra. Frente a mí, el camino que llevaba a Escobar nos separaba de un cerco de ligustrina, recortado y muy bien cuidado, que protegía una casa que, a juzgar por sus techos, era la más grande e importante de aquellos lugares. Nunca habíamos conocido a sus dueños, sólo veíamos llegar y salir sus autos. Ahora yo podía verla, ubicada en el centro de un gran parque y exhibiendo ventanales y escaleras por todos lados. ¿Qué pensarían ellos de nuestra quinta? ¿Y a quién le importaba?

Estaba contento con lo que había visto, estaba feliz por la decisión que había tomado, estaba orgulloso de mí mismo.

Con lentitud y prudencia inicié el descenso. Un pie mal colocado me hizo trastabillar pero pude recobrar el equilibrio. Cerca de la base del tronco pegué un salto y planté mis pies en la tierra. Miré al pino y le dije: "No le contés a nadie lo que hice, es un secreto nuestro".

Una hora después llegaron mis padres y me encontraron tranquilo, mirando televisión. Papá me contó que lo de Nicolás era efectivamente una gripe sin importancia y le dijo a mamá: "¿Te das cuenta de que te preocupaste por nada? Facundo se puede quedar solo sin problema. Ahora es un chico grande".

Yo pensé: "Ni te imaginás cuánto".

Mamá sonrió, se acercó y me dio un beso.



INVIERNO EN OSTENDE

Es de noche y camino a lo largo de la playa. El viento castiga mi cara. Apenas visible en la niebla que me rodea, distingo un muelle que entra en el mar. En estas soledades un refugio, una presencia, una huella humana en un mundo desierto.

Me dirijo hacia él; en el extremo que se levanta sobre el agua, un pequeño farol con su luz desmayada agrisa el telón negro que me rodea. Camilo camina a mi lado, junto a mis pantalones gruesos y a mis borcegos cuarteados. Sé que preferiría quedarse al lado de la estufa, pero es demasiado perro como para dejarme ir sola por la noche.

Trato de acelerar el paso para atacar el frío que penetra a través de mi campera, mi pullover, mi camisa y mi camiseta de frisa. Nada lo detiene; tampoco mis guantes, mi bufanda o mi gorro de lana alcanzan para defenderme de él.

El día de ayer he llegado a una cabaña que está frente a esta playa y que me han prestado por todo el invierno. Demasiado ruido, demasiada agresión porque sí, demasiados malos amores, me han traído hasta aquí. Un amigo solidario, de esos que escasean pero nunca faltan, me ha dado la llave de su casa de veraneo. Yo renuncié a mi trabajo y vine a buscarme.

No sé si me quedará mucho o poco tiempo. No tener que pensar en cómo sobrevivir me da una sensación de libertad que nunca había tenido antes. Los ahorros que había reunido para comprarme algún día un departamento bancan esta aventura y después ¡... qué sé yo!

Estoy en este lugar para aprender a no prever, para dejarme llevar.

A lo lejos, sobre el muelle, algo ha cambiado. Las sombras grises que antes se extendían hasta perderse en la oscuridad general, ahora parecen más densas en un lugar. Hay algo como una masa más compacta que se mueve por arriba del muelle. La distancia y la luz escasa dificultan calcular su volumen o distinguir su forma. Camilo comienza a ladrar.

Me doy cuenta de que me estoy poniendo nerviosa. Alrededor mío sólo arena, un poco más allá unas pocas casas deshabitadas. ¿Qué se mueve adentro de esa nube gris? Me acuerdo que mi celular funciona también como linterna, lo saco de mi bolsillo y enciendo la luz. Es una decisión estúpida, en una niebla tan cerrada la luz no recorre un camino mayor a dos metros y el muelle no está a menos de cincuenta. Todo es silencio salvo el ruido de las olas, ningún otro sonido ayuda a identificar la misteriosa presencia.

No puedo, no quiero acercarme más, doy media vuelta y comienzo a correr hacia la cabaña con Camilo pegado a mis pies. Llego, prendo la luz del living y me acerco al calor de la estufa. En ese momento me parece escuchar un grito, el perro deja de saltar y se esconde debajo del sillón. Estoy segura que sólo ha sido el ruido del viento en las ramas de los árboles que rodean la casa.

Me preparo un té caliente y al levantar la taza veo que mi mano tiembla; está bien, es lógico, hace mucho frío. Cuando me acuesto dejo el celular encendido sobre la mesa y la lámpara del pasillo prendida para que su reflejo permita distinguir los perfiles de los muebles. Pasan las horas, Camilo duerme a mis pies, sobre la cama. Yo doy vueltas y recién consigo dormirme cuando la luz del amanecer se escurre entre las maderas de la persiana.

Al levantarme, recuerdo lo ocurrido y me río. ¡Valiente aventurera he resultado! Primera noche sola y ya imagino presencias extrañas en la despojada silueta de un muelle. Entiendo que lo hay que hacer es aprovechar el sol y caminar hasta encontrar el lugar que me asustó en la oscuridad. La mejor manera de evitar el miedo es conocer bien lo que lo provoca.

Me abrigo, abro la puerta y salgo. Camilo me escolta no demasiado contento con la caminata que le espera, pero cumpliendo con su deber. Cruzo la calle que me separa de la playa y doblo hacia la derecha en dirección opuesta al pueblo; el mismo camino de la noche anterior. Camino y camino y no logro dar con lo que busco. Un ciclista aparece pedaleando por la calle que costea la playa y a los gritos le pregunto dónde está el muelle. Asombrado, se detiene y me contesta que no hay ninguno por aquellos lados. Insisto, quiero saber si está seguro de lo que dice. Me contesta que sí, que vive allí desde siempre y que el muelle que había fue tirado abajo treinta años atrás; en ese entonces él era un chico y una mujer había sido asesinada una noche en ese mismo lugar. Imagino la respuesta, pero igual pregunto quién la mató y el vecino me informa que nunca se supo.

Arriba, dos gaviotas rayan de blanco el cielo azul. Frente a mí, el mar brilla hasta un horizonte que ningún barco interrumpe.



CUESTA ABAJO

*"La vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser"*

Cuesta abajo

Alfredo Le Pera

Como todas las mañanas, Alberto se despertó con pocas ganas de hacerlo. Entreabrió los ojos, miró la pared sombría, el cajón que oficiaba de mesa de luz y decidió que la escena no justificaba el levantarse del colchón. Dos horas después, la urgencia de su vejiga lo alertó y, esta vez sí, se arrimó al exterior del puente que lo cubría; luego, suspiró aliviado.

Con rapidez y experiencia tomó la colcha con la que se abrigaba y la sábana sobre la que dormía, ambas donación de una amable señora que lo vio cirujeando en la puerta de su casa, las dobló y las colocó sobre el colchón que tapó con un plástico. En un fuentón que había en el piso vertió el agua de un tacho, echó jabón y puso a remojar la remera y el calzoncillo con el que había dormido. Luego tomó una olla vieja, llenó el fondo con agua y, con el mismo jabón que usaba para la ropa, lavó su pecho, sus axilas, su cara y sus manos. Más tarde, cuando sacara la ropa para enjuagarla y tenderla en una soga que colgaba a un costado, aprovecharía el agua que quedaba para lavarse el resto del cuerpo. Frente a un espejo que pendía de un hilo sostenido por una chinche, se peinó y, recién entonces, salió de atrás de las cajas que, apiladas, protegían como podían su intimidad.

En un jarro cascado puso un poco de agua y yerba, lo colocó sobre un pequeño calentador y se preparó un mate cocido. De adentro de una bolsa sacó unos pedazos de pan viejo que había encontrado en la basura de un restaurante del centro y lo fue mojando con el mate para completar su desayuno / almuerzo / té. Ordenado como era, al terminar lavó el cacharro y lo guardó debajo de una caja de cartón que, dada vuelta, hacía las veces de alacena o de mesa cuando algún tesoro que aparecía justificaba el uso del plato, el vaso y los cubiertos. En general comía lo que encontraba y, como tenía buen ojo, más de una vez levantaba objetos abandonados en la calle que luego vendía y le ayudaban a seguir adelante, o tal vez al costado, o atrás.

A su lado, se desparramaban las cosas que pertenecían a dos hombres que vivían cada uno en su mundo, sin molestarlo para nada. Del otro lado del pasillo que se había formado para poder pasar entre todo lo que allí se amontonaba, vivían dos familias. Una de ellas formada sólo por una pareja y un bebé; la otra, más grande, con una mujer joven, sus padres y dos hijos varones que pasaban todo el tiempo jugando a la pelota al costado del puente.

De todos los lugares por los cuales había pasado Alberto, éste era, de lejos, el mejor. Si alguno de sus vecinos sentía curiosidad, sabía disimularla; los policías de la comisaría del barrio lo conocían y lo soportaban. El portero del edificio de enfrente le tenía una consideración especial y le dejaba cargar agua en la canilla de la entrada, siempre que fuera por la madrugada.

En el espacio que había elegido para él, Alberto tenía una silla desvencijada donde se sentaba a leer los días en los que el frío o la lluvia dificultaban la salida. Del otro lado del colchón, había ubicado un changuito sin rue-

das donde guardaba, lavados y doblados, dos sweaters, tres calzoncillos, unos pares de medias, una camiseta y tres remeras. Sobre el changuito colgaba de un clavo un viejo sobretodo, que tal vez había sido azul y ahora parecía grisáceo. El abrigo ya estaba apollillado y con el forro destruido, pero todavía lo salvaba del frío despiadado del invierno.

Los otros ocupas lo veían distinto a ellos, pero no lo acosaban.

Alberto era callado, respetuoso, y tenía la amabilidad de saludar a todos con una sonrisa y de ayudarlos si lo necesitaban; nunca pedía nada para él. En algunas ocasiones, se lo vio caminando y hablando solo por la calle, pero fueron las menos. También su vecino de la derecha lo escuchó muchas veces sollozar con un libro en la mano; nunca se supo si la causa era un mismo libro que llamaba a distintos recuerdos o distintos libros a los que acudía un solo recuerdo repetido.

En el desconcierto de trastos, harapos y suciedad que se extendía a su alrededor, lo de Alberto era una isla de limpieza y orden. Hábitos adquiridos desde muy pequeño y con los que había levantado la última línea de defensa contra la disolución total.

Las huellas de su vida anterior eran la única referencia que tenía para saber que él, Alberto, seguía siendo él, Alberto. El mismo Albertito de los padres, el Tito de los amigos, el... y nada más, ahí se cortaba la historia. A partir de ese límite, sólo quedaba la desmemoria, la soledad, la tristeza continua. A partir de ese límite, comenzaba un paisaje en el cuál no quería incluirse, una cueva peligrosa, un camino sin destino. A partir de ese límite, sólo el horror.



UN SAUCE LLORÓN



Desde la cima de su cabeza, el pelo no caía; llovía. Su cara alargada se blanqueaba por contraste con ese marco negro que la rodeaba. Si alguna vez sus hombros fueron erguidos, esa época había pasado con rapidez; caminaba siempre mirando hacia abajo y parecía cargar una enorme bolsa sobre su espalda. Nadie conocía su risa y su cara hosca no despertaba simpatía ni compasión. Los otros alumnos apenas lo soportaban y las pocas maestras que tomaron en serio su papel de “segunda madre” y pretendieron acercarse a él, se retiraron derrotadas.

Por su costumbre de deslizarse en silencio por los rincones, sus compañeros lo llamaron *el fantasma* hasta el día en que a Luis se le ocurrió aquello del *sauce llorón*. No había objeto ni habitante en el mundo que lo representara mejor. No era un chico de andar gimoteando, pero tampoco el árbol tiene lágrimas. Era el aspecto abatido lo que tenían en común y lo que daba brillo al nuevo sobrenombre. A medida que el mote se repetía, se redujo de *sauce llorón* a *sauce* y desde entonces Ricardo fue reconocido por ese apelativo.

Una sola habilidad poseía el *Sauce Zabaleta* y todos la reconocían como tal: jugando al fútbol atajaba como los dioses. Nunca se supo demasiado si el hecho de que siempre lo mandaran al arco para que no molestara a los demás fue lo que lo llevó a desempeñarse tan bien o si, simplemente, la naturaleza se concentró en otorgarle ese único don para compensar todos los que le había negado. Primero en el colegio y después en la canchita

de la esquina, el *Sauce* fue desplegando cada vez mejor sus habilidades. Los otros chicos llegaron a aplaudir sus atajadas mientras el héroe colocaba la pelota en el suelo y la pateaba hacia alguno de sus compañeros. En esos momentos sus ojos brillaban; era el único viento que lograba levantar sus ramas.

¿Y por qué esa tristeza? No hay respuesta clara en el caso de Ricardo. Su familia era una familia más, su casa era una casa más, él no era más tonto ni más inteligente que los otros chicos. Lo suyo era un bloque, una puerta cerrada, una pared que lo tapiaba por dentro y no le permitía acercarse a los otros ni dejaba que los otros se acercasen a él.

Cuando llegó la adolescencia, el grupo del primario no se dispersó porque en el lugar había sólo un colegio secundario. Comenzaron a surgir parejas, los amigos compartieron bebidas, bailes y alguna que otra prostituta y Zabaleta continuó transcurriendo sus días en el exilio al que ya estaba acostumbrado.

A los 16 años le ofrecieron ser arquero de la tercera división de uno de los dos clubes de fútbol del pueblo y él aceptó. En dos años ya había ascendido a titular en la primera y la hinchada de su equipo no dejaba de corear su nombre: "*¡Sauce! ¡Sauce!*".

Ricardo no ignoraba que el sobrenombre se lo había puesto Luis; en los pueblos pequeños sólo los muertos pueden ignorar cualquier cosa que pase (y hay quienes sostienen que ni siquiera ellos). Pero, se sabe, a la vida cada tanto le gusta mostrar un curioso sentido del humor y establecer extrañas simetrías. En este caso lo que determinó fue que el autor del mote se dedicara también al fútbol y sobresaliera en él como delantero.

Aquel fin de año la definición del campeonato zonal dependía del resultado de un partido que enfrentaba

a los dos equipos del pueblo: Huracán (donde jugaba Luis) y Argentino (el equipo del *Sauce*). El pueblo llenó la cancha. Los vecinos, de pie detrás el alambrado que los separaba del campo, seguían con ansiedad las idas y venidas del juego. El encuentro terminó en empate y debieron ir a la definición por penales. Argentino metió cuatro y le atajaron uno; Huracán metió tres, le atajaron uno y debía ejecutar el último.

Como sucede en los cuentos, y a veces en la realidad, burlador y burlado se encontraron frente a frente. Luis canchero, sobrador, colocó la pelota en el punto del penal y retrocedió para tomar carrera. Levantó la cabeza y lo vio al *Sauce*, pálido, desgarrado, agazapado esperando el tiro. El referee pitó, el público contuvo la respiración, el delantero de Huracán corrió y pateó; la pelota voló sin fuerza y fue atrapada por las manos rápidas del arquero.

Afuera del campo, los hinchas de Argentino se abrazaron enloquecidos y corearon el nombre de su héroe.

Los compañeros del equipo se prepararon para levantarlo en andas. Luis se le acercó y le extendió la mano mientras le decía: “¡Felicitaciones! ¡Qué atajada!”. Ricardo, sin mover su mano y mirando al suelo como era habitual, le contestó: “¡Mirá que resultaste flojito!”. Después levantó la cabeza y, por primera en su vida, Luis conoció su ancha sonrisa.



MILONGA NEGRA

*"Llegabas por el sendero,
delantal y trenzas sueltas"*

Milonga triste

Homero Manzi

Voy a empezar nombrando a Elsa, no a cualquier Elsa sino a "la" Elsa: grandes ojos oscuros, pelo negro lacio; hija del capataz de *La Cautiva*, el campo que desde siempre mi familia ha tenido en Santa Fe. Desde que nací, íbamos allí para pasar los meses de enero y febrero. Era el tiempo de la libertad, de jugar con la tierra, de treparse a los árboles, de aprender a mantenerse sobre el caballo y de tener que respetar sólo tres horarios: el almuerzo, la siesta y la comida de la noche.

La casa del capataz no se veía desde la nuestra, estaba del otro lado del monte y pertenecía a un mundo distinto. Mi familia, y los amigos que venían a visitarnos, pasábamos los días en la pileta, jugando al croquet o cabalgando. La gente que trabajaba para nosotros no aparecía por allí con la única excepción de la mujer del capataz, Josefa, quien se ocupaba de la cocina. Cuando Elsa tenía diez años comenzó a venir para ayudar a la madre y para aprender las tareas y la rutina de sus patrones. Era una morocha flaquita, con pantalones grandes y descoloridos, que asomaban con tristeza debajo del delantal que mamá le había comprado.

Pero Elsa comenzó a ser para mí "la" Elsa cuando ella tenía quince años y yo diecisiete. Ese verano llegamos a

“La Cautiva” y yo, muerto de sed por el calor que había pasado en el viaje, fui a la cocina para buscar un vaso de agua fría. Allí la encontré con sus habituales pantalones ridículos y pelando unas papas, pero ahora la pechera de su delantal empezaba a marcar formas redondeadas y la parte trasera se elevaba por debajo de la espalda de un modo que nunca antes había notado. Sorprendido, me acerqué para saludarla con un beso en la mejilla pero ella tomó distancia y me estiró la mano. Su actitud me causó gracia pero la imité y cumplí con el saludo formal.

Los dos meses siguientes pasé todo el tiempo espionando su caminar, sus trenzas, sus dedos largos... y la pechera y la parte trasera de su delantal.

Cuando volvimos a Buenos Aires, no pude sacarme a Elsa de la cabeza. Tenía alrededor a las amigas de mis hermanas y a las hermanas de mis amigos; algunas eran lindas, otras simpáticas y hasta las había inteligentes. A muchas de ellas sus vestidos comenzaban a marcarles pechos y cola, pero a mí ninguna me interesaba. Sólo me acordaba de Elsa y debía invocarla todas las noches para poder dormir. La situación era ridícula y lo peor es que yo lo sabía. ¡Desde cuándo alguno de nosotros se iba a enloquecer por una chiruza! Era imposible hablar del tema con mi familia; tampoco podía hacerlo con mis amigos porque me hubiese ubicado en el lugar de la cargada y el chismorreó.

Pasé el año como pude y, cuando llegaron las vacaciones y fuimos a la estancia, lo primero que hice fue dejar mi valija en el cuarto y dirigirme a la cocina. Allí estaba. Cada vez más bonita, cada vez más mujer. Me vio y con toda tranquilidad secó sus manos con un repasador y, extendiendo una de ellas, con una sonrisa preguntó: “¿Qué tal niño? ¿Han tenido un buen viaje?”. Yo me quedé helado, ahora no sólo me saludaba con la mano sino que

no me tuteaba y me llamaba “niño” en lugar de Cayetano. Era evidente que Josefa la había entrenado para que cumpliera con sus tareas y también para que se ubicase en el lugar que le correspondía. Contesté sus preguntas, estreché su mano y me dirigí a mi habitación.

Ese verano fue un infierno. A fines de febrero comenzaron los preparativos para la partida y la idea de estar lejos se me hacía cada vez más difícil. Por otro lado, no podía estar cerca de ella sin alterarme. Cada vez que la veía sostener la fuente para que yo sirviese mi plato, trataba de rozar su mano y, si lo conseguía, ardía como un leño. Alguna vez me pareció captar, en esos momentos, un intercambio rápido de miradas entre mis padres.

No podía regresar a Buenos Aires sin hacer nada, no estaba dispuesto a pasar otro año como el anterior. El martes previo al último fin de semana de aquellas vacaciones, me levanté de la cama sin haber dormido un minuto. Prendí la luz, la habitación giraba en mi cabeza; el techo y las paredes se reían de mi estado. Miré el reloj y supe que eran las cinco de la mañana. Alrededor de las seis ella cruzaría el monte para comenzar los preparativos de nuestro desayuno. Josefa no aparecería hasta una hora después.

Miré por la ventana, todavía era de noche. Apagué la luz de mi cuarto y salí con mucho cuidado para no hacer ruido, abrí la puerta de la casa y me dirigí hacia el sendero que ella tomaba todos los días. No sabía, no tenía claro qué iba a hacer; le hablaría, le explicaría, buscaría que ella me respondiera... Sin un plan armado, me escondí entre los árboles y esperé. De pronto, su silueta se dibujó en el sendero, se dirigió hacia donde yo esperaba y, cuando se acercó lo suficiente, me crucé en su camino. Ella me vio y tuvo la certeza de lo que estaba por pasar; trató de huir, trató de gritar, no pudo hacer nada.

Con violencia la tomé y conseguí que fuera tan mía como lo eran los animales que despertaban en los corrales, las tierras que nos rodeaban y los árboles que nos ocultaban de la vista de los demás. Cuando terminé, me alejé un metro y vi cómo, sin decir palabra, ella se arreglaba su ropa y se levantaba del suelo. Al principio, di por seguro que no iba a ser capaz de contar lo ocurrido, pero el odio que había en sus ojos me convenció de lo contrario.

¡Estúpida chinita! En un impulso tomé una rama caída y golpeé con ella su cabeza y golpeé y golpeé su cuerpo; ese cuerpo infame que me había llevado a cometer una locura sin que yo pudiera evitarlo. Cuando no se movió más, arrojé lejos el palo y volví a mi habitación. Creo que en la casa todos dormían.

Josefa encontró el cuerpo de su hija cuando llegaba a trabajar. Mi familia se despertó al escuchar sus alaridos y mi padre llamó a la policía. Todos mostramos nuestro horror por lo ocurrido y por la idea de que quien la había violado y asesinado, seguramente un vagabundo, pudiera seguir por la zona. Esa misma tarde partimos. El delincuente nunca fue encontrado.

Y eso fue todo. Yo crecí, me casé, tengo tres hijos y una esposa encantadora, pero nunca pude volver a *La Cautiva*. A mi familia el hecho no le llamó la atención, ellos saben que siempre he sido de nervios delicados.



INTERVALO



La miró con ganas y siguió su camino. No era mina para levantarla así como así. Demasiado linda, demasiado derecha para caminar, con la pollera justo sobre las rodillas y la remera marcando sin apretar. Era del tipo de mujeres que exigen un laburo fino para llevarlas a la cama y él no estaba en vena para tanta inversión.

Lo que le andaba pasando a su amigo Beto le comía la cabeza. Primero, se le había enfermado fulero la mujer y la habían tenido que operar; después, se tuvo que mudar porque la plata ya no les alcanzaba para alquilar el departamento donde vivían y, por si faltaba algo, esa misma mañana se había rebanado dos dedos con la máquina que manejaba en la fábrica. Encima, después de las corridas para auxiliarlo, el jefe lo había levantado en peso por no prestar atención a lo que hacía. ¡Cómo para no estar distraído, el pobre Beto, con tantos problemas en su cabeza!

No, si cuando la cosa viene mal, viene mal. Por suerte, el amigo estaba en blanco y la empresa le bancaba todos los gastos y el tiempo de licencia. Igual metía miedo la vida cuando empezaba a encarajinarse con lo que ella traía, lo que uno buscaba... o lo que se dejaba pasar. Por ejemplo, lo de la piba con la que se cruzó un rato antes. Si recordaba bien, ella también lo había relojeado y él ahora pensaba que debió probar suerte. Si no podía acostarse con ella por ahí le hubiese venido bien charlar un rato. Una mujer permite y desea que el hombre le hable de

cosas que jamás le diría a otro hombre. No es que él pensara que se iba a confesar con ella como con un cura, pero tal vez le hubiese contado algo de lo mal que estaba por lo que le pasaba al amigo. Eso, nada más, lo hubiese hecho sentirse menos solo.

Pero bueno, ya era tarde. Leo sacó la llave de su departamento, abrió la puerta y entró en su silencio.

Sentada en un banco de la plaza, Carolina movió la punta del pie derecho y lo observó con cuidado. Una pequeña piedra de uno de los caminos que separaban los canteros, estaba escondida debajo de la tira de su sandalia. Se sacó el calzado, lo sacudió y se lo volvió a colocar. La brisa suave movía la copa de los árboles.

Ella sacó de su bolso una revista HOLA y comenzó a hojearla. La emocionó descubrir la pequeña curva que el embarazo de la princesa Kate dibujaba en su perfil. La mujer de William le gustaba mucho, pero igual pensaba que no le llegaba ni a los talones a la madre de su esposo, Lady Di. ¡Esa sí había sido una princesa en serio! Tan linda, tan simpática, con su pelo siempre peinado para lucirlo y con aquellos trajecitos que le quedaban tan bien. Y pensar que el tarado de su marido la engañaba todo el tiempo con una mina tan fea y repugnante como Camila. Al final, que todo terminó mal: la que menos lo merecía, muerta; el culpable de todo, casado con la bruja. ¡Esa familia sí que se las traía!

Continuó dando vuelta las hojas sin detenerse en los textos, pero recorriendo con morosidad los rostros y las ropas de los distintos personajes, los que se iban repitiendo una y otra vez en las fotos de grandes reuniones y fiestas fabulosas. Carolina sonrió con tristeza. ¡Qué bien que la pasaban algunos! ¡Quién pudiera vivir como ellos!

Entusiasmada con la revista, no se dio cuenta de que la brisa, transformándose en viento, había enfriado aquel

atardecer de marzo. Un escalofrío se lo hizo saber. Se levantó, guardó la HOLA y se dirigió a su pensión.

Al llegar a la esquina de Lavalle y Jean Jaurés recordó al hombre con el que se había cruzado unas horas atrás. Venía tranquila por la vereda y se dio cuenta de que él la miraba mucho. Tuvo miedo de que el tipo quisiera acercarse pero, por suerte, no se detuvo y siguió su camino. Los lunes eran su día de descanso y a ella le gustaba aprovecharlos para pasear y olvidarse de todo. Ese era su tiempo y odiaba que alguien la molestase. Hasta tenía guardada una ropa distinta a la que usaba el resto de la semana. Lo que la preocupó aquella tarde es que el trabajo no andaba bien y no sabía si hubiese sido capaz de rechazar una propuesta. El tipo era pintón pero caracúlico. Seguro que después del cigarrillo hubiese empezado a contarle alguna historia triste.

No sabía por qué los hombres enseguida usaban el “yo, yo” y el “a mí, a mí”. Para nueve que decían “yo” uno solo preguntaba “¿vos?”. Era como si una, por ser mujer, estuviera obligada a ser la mamá de cualquiera que lo necesitara. Realmente, y aunque hubiese perdido unos pesos, que aquel tipo no le hablara había sido una bendición.

Ya volvería mañana a salir pintada, con la minifalda de lycra, el top ajustado y los tacos altos. Hoy nadie la había molestado, había hecho lo que a ella se le cantaba y eso era lo mejor que le podía pasar.



ADELA, SOLA

Todo había empezado con una discusión sobre la falta de limpieza en el pasillo al que daba su departamento. Adela sabía que se había equivocado al declararle la guerra a la encargada del edificio, pero ya estaba hecho. De la presencia de tierra en los rincones pasaron a los cristales marcados por la lluvia de la semana anterior, luego a la ausencia de Estela en el vestíbulo de entrada en horarios en que debía estar presente y, por último, llegaron a los reproches de ésta por las veces que Adela la llamaba fuera de las horas de trabajo. La conversación comenzó a media voz y terminó a los gritos. La dueña del departamento entró en él y cerró dando un portazo, la encargada bajó las escaleras derramando varios “vieja loca” sobre los escalones.

Aquello había ocurrido cuatro meses atrás y, desde entonces, Adela recibía vencidas las facturas de los servicios y una noche había desaparecido el felpudo que colocaba delante de su puerta. Ella tenía ochenta y dos años, vivía sola en aquel departamento desde hacía diecinueve y, pese al tiempo transcurrido, nunca había pasado antes por una situación parecida. Claro que, durante quince años, el encargado había sido Ramón, un pan de Dios que siempre decía que sí a todas sus indicaciones, más allá de que casi nunca hiciese lo que le prometía. Pero la gran diferencia con la hija, que lo había sucedido en el trabajo cuando él se jubiló, estaba en la forma de decir las cosas. Donde Ramón ponía una sonrisa y un “tiene razón, ya me ocupo”, Estela ubicaba un mal gesto y un

“¿no tiene otra cosa que hacer que fijarse en lo que yo hago?”.

Para colmo de males, seis meses atrás su vecino de departamento, Félix, había muerto y con él se había ido el único amigo que le quedaba. De familiares ni hablar; Adela era soltera e hija única y sus padres hacía veinte años que habían fallecido, uno después de otro en el intervalo de tres meses. Ahora Roberto, el hijo de Félix, había alquilado el departamento de al lado y ella no tenía idea de quién era el inquilino. Éste era el punto donde se cruzaba esa novedad con la pelea con Estela. Ramón ya le hubiese pasado todos los datos. A esta altura, Adela sabría si era una persona sola o si tenía familia, cuál era su sexo, a qué se dedicaba y el día exacto en que vendría. Toda la información que habitualmente manejan los porteros ahora le estaba vedada y la ansiedad no la dejaba dormir tranquila.

Si, por lo menos, hubiese sabido cuándo era la mudanza, desde la ventana de su living hubiese espiado los muebles que entraban y sacado conclusiones: cama matrimonial y cama/s de una plaza hablaban de matrimonio con hijos; la cama matrimonial sola señalaba a una pareja sin hijos o a una persona que le gustaba dormir cómoda; muebles de fórmica y metal podrían indicar un departamento de estudiantes (¡Dios no lo permitiera!); una cama única acompañada de muchos muebles dorados era indicio de la presencia de una mujer sola (aunque en estos tiempos que corren quién puede estar segura); un sillón, un escritorio y muchos libros apuntaban a la presencia de un profesor, un profesional o alguien por el estilo.

En realidad, ni la propia Adela confiaba en lo infalible de sus observaciones pero le gustaba aquel juego. Las posibilidades eran muchas. Podía ocurrir que fuera un matrimonio con hijos pequeños que gritasen todo el día

o, tal vez, un hombre solo que llenara su departamento con amigos ruidosos y no la dejara descansar. Peor aún, podía tratarse de una mujer joven que llevara tipos a su casa y que fuera tan maleducada como Estela. Lo que no se podía descartar es que los que llegaran no fueran galanes sino clientes; ahora todo era posible, incluso un prostíbulo en un edificio de familias y gente decente.

También podía ser que se tratase de una mujer mayor y sola, como ella misma. En ese caso, tal vez podrían hacerse compañía, ver juntas televisión, jugar a las cartas e intercambiar información sobre sus vidas y sobre las andanzas de los vecinos. Pero no quería ilusionarse con aquella que, de lejos, era la mejor opción.

Por otro lado, había que considerar el tema de la seguridad. ¿El hijo de Félix se habría preocupado por averiguar bien los datos del inquilino? ¿Apurado por cobrar el alquiler no traería a cualquiera? En su momento, el padre le había contado que el muchacho tenía siempre problemas con la plata y eso aumentaba su desconfianza.

Con tanta preocupación, no existía telenovela ni trabajo manual que lograra distraerla. Ni siquiera la calmaba limpiar el busto de mármol de la joven que la miraba desde el aparador y a la que ella cuidaba tanto como a los caireles de la araña y al terciopelo del sofá; únicos tesoros que había traído consigo desde la casa paterna.

Habían pasado ya doce días desde que Roberto le comentó que había alquilado su propiedad y Adela decidió que ese fin de semana debían llegar los inquilinos. El departamento de al lado estaba impecable, los papeles del contrato terminados y en el edificio sólo se permitían las mudanzas en día sábado; no había que ser adivina para saber cuándo aparecerían los nuevos vecinos.

El día tan esperado llegó y Adela se despertó una hora antes de lo acostumbrado. Apenas sonó el despertador

saltó de la cama sin remolonear; se bañó, se pintó discretamente y a la seis y media de la mañana ya había terminado de desayunar. A partir de entonces, mientras sentada en un sillón tejía al crochet una mantita para el futuro hijo de la señora del 2° C, fue toda oídos. Durante dos horas sólo le llegó el ruido de los coches que comenzaban a recorrer la calle bajo su ventana. Eran casi las nueve cuando el edificio comenzó a dar señales de vida. Un ascensor que subía o bajaba, una puerta que se abría y otra que se cerraba. Poco a poco se imponía el ritmo habitual de los sábados y, para festejar el fin del silencio, Adela dejó el tejido sobre una pequeña mesa al lado del sillón y se preparó un té.

Inquieta como estaba, le era imposible retomar el trabajo anterior. Pensó en arreglar las macetas del balcón, pero la ventaja que el lugar le daría para observar los movimientos del camión de mudanzas, se perdería con las suposiciones que sobre su curiosidad harían los demás y, particularmente, Estela. Decidió que lo mejor sería cocinar la torta que había decidido regalar a los vecinos como bienvenida. A las doce, la torta ya había sido desmoldada y, junto a su cocinera, esperaba que comenzaran los ruidos en el palier y en el departamento de al lado. A las catorce, se hizo evidente que ese día no vendría nadie. El horario para las mudanzas concluía en media hora y era muy tarde para iniciar una.

Con lentitud y una cierta sensación de abatimiento, Adela se dirigió al dormitorio, cambió su pollera y su camisa por un batón y sus zapatos de taco por un par de pantuflas. Al volver al living sacó de la mesita el tejido que había abandonado, colocó en su lugar un plato con una porción de torta y, sentándose, apretó el control remoto y buscó algún programa de televisión para mirar.



JAQUE MATE



El viento barre los senderos del pequeño cementerio pueblerino, estremece a los eucaliptos y dobla la copa de los cipreses. Salvo los niños y los viejos, todo el pueblo está presente.

Los vecinos habían colmado la vereda de la iglesia desde cuyo atrio el cura párroco bendijo y oró por el muerto. Una larga fila de autos acompañó luego la lenta marcha del coche fúnebre despedido por el doblar de las campanas y los negocios que, a su paso, cerraban las puertas en señal de duelo.

Ninguno de los muchos que rodean a Roberto y a María Elena tienen la menor esperanza de ser un consuelo para ellos; saben que estar presentes es sólo la forma que tienen de expresar cuánto les entristece lo ocurrido.

El ataúd descansa ya dentro de la bóveda familiar y, frente a la puerta, los desdichados padres se unen en un abrazo fraternal con Julia y Andrés Leiva, sus amigos de siempre. Aislado de ellos, Matías Leiva permanece en silencio y con la cabeza gacha; a su alrededor todos lo miran con pesar, saben que él era el mejor amigo de Fernando Maidana. Para Matías, despedir a su compañero de infancia, de colegio y de aventuras, alcanza dimensiones que los demás nunca podrían entender. El pueblo, que los había visto crecer juntos, no puede ir más allá de contemplar su rostro desencajado e imaginar su desolación por el suicidio de su amigo.

No cabe duda alguna de que lo de Fernando ha sido un suicidio. Abrió la llave de gas del horno y colocó en

él su cabeza. Cuando los vecinos advirtieron el olor que salía de su departamento ya fue tarde, Fernando yacía en el piso de la cocina y nada se pudo hacer para reanimarlo. Dejó una carta dirigida a los padres; en ella pedía perdón por el daño que les causaba, les confirmaba lo mucho que los quería y les aseguraba que no soportaba seguir viviendo.

Nada más. Punto final a sus veinticuatro años de vida, con sus amaneceres y sus atardeceres, con sus amores y sus traiciones, con sus amigos y su enemigo.

Porque el enemigo había existido, lo había enredado en su juego y le había ganado la partida.

*

Fernando, hijito. ¿Qué hiciste? ¿Qué te pasó? ¿Qué sufrimiento te llevó a esto? ¿Qué hicimos mal? Siempre papá y yo te amamos, siempre fue una alegría tenerte con nosotros. Cuando eras chico y le cortaste los bigotes al gato todos reímos con tu ocurrencia. Cuando con la pintura verde de la reja adornaste nuestro auto blanco, celebramos tu creatividad. Siempre quisimos que fueras feliz y agradecíamos a Dios (¡qué difícil pensar en Él en este momento!) por el hijo que teníamos. Y ahora este desastre.

Si estabas tan mal. ¿Por qué no confiaste en tu papá o en mí? ¿Por qué no te acercaste a tus amigos? ¿Por qué no buscaste a Matías que siempre estuvo al lado tuyo? ¿Por qué no fuiste con cualquiera de todos los que hubiesen estado dispuestos a darte una mano?

*

Mi amor, mi hombre, mi Fernando. ¿Por qué no me contaste lo que te pasaba? Por momentos tengo miedo de que lo nuestro tenga que ver con tu decisión, pero me tranquiliza pensar que un amor tan grande nunca pudo llevarte a un final así. Nuestra relación no podía hacerse pública, pero los dos estábamos de acuerdo en que el hecho de yo estuviese casada no era el único problema, había muchos otros que lo impedían.

No queríamos herir a nadie pero no podíamos evitar lo que sentíamos.

Pese a todo fuimos felices. Cada vez que yo iba a Buenos Aires y me encontraba con vos para caminar besándonos, el resto del mundo se borraba. Cada vez que hacíamos el amor, nada importaba más allá de nosotros. Y ahora todo ha terminado. Mi vida junto con la tuya. Seguiré al lado de mi marido y cuidando de mis hijos, pero estoy y estaré sola para siempre.

No puedo perdonarte ni por lo que te hiciste ni por lo que me hiciste. ¿Por qué no me buscaste si me necesitabas?

*

Allí siguen desfilando y dando su pésame a María Elena y a Roberto; los abrazos, las palmadas y las palabras con las que pretenden ayudarlos no sirven para nada. Me hace mal verlos sufrir de esta manera. No se lo merecen. Tampoco vos los merecías a ellos.

Nunca voy a olvidarme del día en que te llamé y te pedí que te encontraras conmigo para tomar un café. Fue entonces cuando te conté que sabía que mi mamá corneaba a mi papá. Que dudaba entre matarla yo o contarle todo al viejo para que se diera el gusto de matarla él. Que hasta podía entender que se hubiera enamorado de otro tipo, aunque ya estaba un poco crecida para esas pendejadas, pero que no me podía bancar que se hubiera quedado tan tranquila en casa con nosotros.

Todavía tengo presente cómo, cuando terminé de hablar, quisiste saber de dónde había sacado semejante historia y, peor todavía, cómo era capaz de creerla. Te expliqué que el día anterior había recibido una llamada telefónica y que una voz anónima me había contado todo, menos el nombre del amante. También te comenté que había prometido enviarme un sobre con las fotos que les había sacado a ellos mientras caminaban y se besaban por la calle.

Te juro, Fernando, que me moría de vergüenza mientras te lo contaba, pero eras el único amigo con quien podía compartir aquella porquería. Vos no supiste qué decirme; hablaste de un malparido a quien le gustara hacer esas bromas, defendiste la honradez de mamá, mencionaste un posible malentendido. Pavadas todas que acompañaste con un fuerte abrazo al despedirnos.

Cuando volví al departamento el sobre había llegado. Lo abrí y ahí los vi: vos y mamá sonriendo y besándose mientras caminaban abrazados. ¡... No lo podía creer, te juro que no lo podía creer! ¡La puta de mi vieja nos jodía a mi papá, a mi hermana y a mí, con el hijo de mil putas de mi mejor amigo! ¡Y yo te había elegido como confidente!

Esa noche no dormí, no podía creer que los dos fueran tan malos bichos, me revolvió las tripas pensar cómo te reirías por dentro mientras yo me confesaba con vos.

Ahora entendía por qué no habías querido alquilar un departamento conmigo cuando vinimos a la universidad. “Yo prefiero estar solo, me organizo mejor para estudiar”. Qué estudiar ni estudiar, lo que vos necesitabas era vivir solo para encamarte con mi mamita. ¡Qué mierda, Fernando, qué mierda! No aguanté más quedarme dando vueltas en la cama y me fui a caminar por ahí hasta que amaneció. Lo único que podía hacer era planear cuál sería la mejor venganza. Cuando todavía estaba trazando planes, sonó el teléfono. Papá me llamaba para avisarme que te habías suicidado.

Lentamente los autos cruzan la entrada del cementerio y toman el camino hacia el pueblo. Los padres de Fernando han subido a uno de ellos. Algunos metros más atrás, Andrés conduce su propio coche, su esposa va a su lado y sus dos hijos van sentados en el asiento posterior. Julia llora desconsolada, los demás permanecen en silencio.

*

A ver, querida mía:

¿Tan tonto me imaginabas como para no darme cuenta de las miradas que entrecruzabas con ese mocoso? ¿Temiste algo, pero pensaste que yo iba a priorizar el buen nombre de la familia? Bueno, si lo hiciste, es porque me conocés mejor de lo que yo pienso y sos un poco más inteligente de lo que supongo. Pero no lo suficiente, Julita, no lo suficiente. Yo puedo emplear recursos que ni siquiera imaginás. Unas pocas y discretas averiguaciones, el llamado a un detective y después la paciencia necesaria para esperar que las pruebas de tu infidelidad llegaran a mis manos. Todo fácil, menos la paciencia, claro.

Sabía que, ante un problema grave, Matías acudiría a su mejor amigo. A ese imbécil de Fernando yo lo conocía desde chico. Era más que seguro que, cuando supiera lo que ocurría, sería incapaz de enfrentar la traición a nuestro hijo, el desencanto de sus padres y el chismorreó del pueblo.

Una llamada de un tercero a Matías, el envío del sobre que el detective me había enviado, mi habilidad para prever los movimientos del rival y... ¡Jaque mate!



MOSAICO



FACUNDO

No era ni muy alto ni muy bajo, ni demasiado flaco ni excesivamente gordo, no era un ignorante ni, mucho menos, un intelectual. Su cara era una más de tantas, sin rasgos marcados de belleza o de fealdad. Era su aire de autosatisfacción el que lo diferenciaba del común de los mortales que lo rodeaba. Sus ojos revelaban el inmenso orgullo de ser como era; Facundo se alegraba de saber que en el mundo existía alguien como él. Jamás se cuestionó sus acciones, la sombra de una duda nunca lo cubrió. Estaba contento consigo mismo, y se le notaba.

Desde pequeño, supo que Dios le había hecho un favor al mundo al colocarlo en él. Sus padres y su hermano estaban a su lado para disfrutar de su presencia y facilitarle su estadía entre nosotros.

Transcurrió el colegio primario y el secundario sin sobresaltos y, si en ambos sus notas fueron mediocres, él tuvo la convicción de que el único motivo era que lo que enseñaban no justificaba su esfuerzo. Por esa razón decidió no seguir estudiando después de terminar el bachillerato y encauzar su energía en la observación y conocimiento de su alrededor. Ambos elementos le permitirían brillar cuando llegara el momento de desplegar su propia genialidad.

Su escasa simpatía no lo ayudaba en el acercamiento a los demás, pero la seguridad con la que enunciaba sus pareceres cosechaba el respeto y el apoyo de muchos de ellos. Su carrera se inició como cajero en un supermerca-

do. Con habilidad y rapidez escamoteó vueltos a viejos y distraídos y con el fondo que armó, más el involuntario aporte que obtuvo de la caja fuerte paterna, decidió abandonar su pueblo y dirigirse a Buenos Aires.

Como Moisés ante el Mar Rojo, Facundo vio cómo se abrían las atestadas calles de la ciudad para permitir que su paso firme y sin vacilaciones se dirigiera a su meta.

De empleo en empleo y de engaño en engaño, fue subiendo las escaleras del poder y del dinero (si acaso ambas no son una sola). Las miserias ajenas, próximas o lejanas, nunca empañaron sus ojos ni detuvieron su avance.

A medida que iba ascendiendo, su mirada y su mínima sonrisa acentuaban cada vez más lo fantástico que resultaba ser el héroe de su propia aventura. Su sensibilidad hacia los otros, si alguna vez la tuvo, estaba encerrada en una bóveda bajo llaves perdidas y olvidadas para siempre.

Llegó a ser dueño de un piso en avenida Alvear, otro en la Quinta Avenida en Nueva York, dos o tres edificios en Buenos Aires, una casa en el Highland y otra en Bal Harbour. También de campos, avión particular para visitarlos y una esposa, hermosa y fotogénica, que llevaba colgada de su brazo como su mujer llevaba en el suyo la cartera.

El día que murió, frente a su bóveda de la Recoleta, abundaron las ofrendas florales, los apellidos ilustres y los discursos de elogio y despedida.

Nunca sabremos si la Justicia que faltó en la Tierra se habrá hecho presente en el Más Allá. Lo cierto es que, en cualquier caso, Facundo estará recorriendo los senderos del Infierno o los del Paraíso con la cabeza erguida, la

autoestima a flor de piel y convencido de la admiración que su paso despierta a su alrededor.

JULIÁN

Lo suyo no era locura sino orden. Las camisas separadas por color; las perchas mirando todas para el mismo lado; las corbatas lisas a la derecha, las rayadas al centro y las demás a la izquierda; los zapatos marrones con cordón, adelante, los negros detrás, los mocasines marrones a un lado de los anteriores y los negros al otro.

Y todo así.

Un cuadro torcido le daba dolor de estómago, un arreglo asimétrico le envenenaba el alma. Cuando salía de su edificio, miraba al que estaba enfrente y contaba las persianas que estaban levantadas: si el número era par, aquél sería un buen día; si era impar, no faltarían problemas en las siguientes veinticuatro horas.

Sus amigos lo tomaban como era: un buen tipo con algunas rarezas. No recordaban haber jugado con él algún partido de fútbol o haber compartido una trepada a los árboles. Sí había sido un buen compañero para construir con los Rasti o competir con el Dominó. Nada que pusiera en peligro la limpieza o el buen estado de su ropa. Ellos habían terminado renunciando a que participara en los juegos que rechazaba y habían aceptado su excentricidad.

Luisa, su mujer, se fue de su lado el día en que, por centésima vez, él le explicó que para mantener una casa en perfectas condiciones de higiene, había que tener siempre limpias las manos. También agregó que el único modo de lograrlo era adquirir el hábito de lavarlas, por lo menos, cada media hora. Para la mujer, aquello fue la culminación del año que habían compartido bajo el

mismo techo. La convivencia se había convertido en un infierno construido a partir de normas, mandatos y preceptos a seguir. El portazo con el que puso punto final a la relación, hizo caer y destruyó el cuadrito que su marido le había regalado cuando cumplieron el primer mes de casados. En él se veía una pequeña cabaña de troncos, rodeada de un jardín multicolor, bajo un cielo azul donde unas letras negras afirmaban “Hogar, dulce hogar”.

Los padres de Julián, nunca entendieron el hartazgo de su nuera. Para la madre, el hijo siempre había sido un modelo de obediencia y pulcritud. Para el padre, que era carpintero y le había enseñado su oficio, no existía en el mundo persona más trabajadora y detallista. Ninguno de los dos podía creer que Luisa hubiese desechado ese regalo que la vida le había dado.

En cuanto a Julián, pese a que le dolió el abandono de Luisa, se convenció con rapidez de que ninguno de los dos había sido feliz mientras estuvieron juntos. Ella, porque se veía obligada a superar su natural desorden; él, porque no pudo aceptar jamás ese rasgo de su mujer. En algún rincón escondido de su ser, el ex marido se alegró de poder organizar mejor su ropa y de ordenar por tamaño los adornos de las repisas. También disfrutó el lavar la vajilla y las ollas y dejarlas brillantes como a él le gustaban.

Desde entonces vivió solo. Todos los días, incluidos los domingos, almorzaba con sus padres, quienes vivían al lado de la carpintería. Por la noche, se preparaba la comida de acuerdo a un menú fijo: los lunes, tallarines; los martes milanesas; los miércoles... Lo mismo se repetía todas las semanas. Los sábados a la tarde los dedicaba a hacer las compras en el supermercado y, después de comer, resolvía Sudokus y Solitarios como cualquier otra noche.

Controlar sus actividades, le permitía suponer que el azar le sería siempre ajeno. Los años pasados y los por venir, desfilaban frente a él como soldados cuya rígida formación observaba, imperturbable, desde su atalaya solitaria.

MIGUELITO

Arriba, abajo, el crayón se desliza sin detenerse. La casa es un cuadrado, la chimenea un rectángulo, el pino un triángulo; por encima, la nube es un óvalo que se destaca sobre el azul del cielo.

Miguel tiene cinco años de vida y tres de escolaridad. En el Jardín de Infantes ha aprendido que las casas y las chimeneas no son redondas como pelotas y que las nubes no son triangulares ni los árboles cuadrados. Sabe, también, que la tierra y los árboles se pintan de verde o marrón, las casas de cualquier color y que no hay vacas coloradas.

Cuando sea más grande conocerá que dos más dos da siempre cuatro y que los padres y los maestros lo conducen para que sea mejor cada día. Llegará a estar convencido de que solo a los malos les toca sufrir y que a los niños buenos la vida los recompensa y Dios los protege. Confiará en los demás y ellos confiarán en él.

A medida que crezca comenzará a notar diferencias y matices sutiles entre lo que supone y lo que es. Algunas pequeñas deslealtades iluminarán repliegues oscuros de sus amigos. Palabras y actitudes de sus padres lo harán tomar conciencia de que, también ellos, se mueven por zonas grises. Comprenderá que no todos los resultados son matemáticamente predecibles.

Poco a poco, irá perdiendo certezas y ganando dudas. Se preguntará cómo son realmente los que lo rodean, cuál es el lugar que ocupa y, finalmente, quién es él.

Tratar de obtener respuestas le llevará años, tal vez la vida.

Es muy probable que la tarea lo abrume, termine por abandonarla y sus ojos se acostumbren al paisaje. Sería una lástima. Si, por el contrario, insistiera en mirar las cosas y levantar el velo que las cubre, entonces, quizás, un día podrá tomar una hoja de papel y dibujar una casa con forma de espiral, una flor al costado por donde salga el humo, un árbol rojo ovalado y una tierra violeta que se extienda hasta unirse, en el horizonte, con un cielo amarillo brillante.



3 A. M.

¡No lo puedo creer! Las tres de la mañana y esa vieja loca otra vez cantando como condenada encima de mi cabeza. Si por mí fuera la llamaba por teléfono, pero Antonio dice que no hay que armar lío, que la pobre está piantada y no hay que darle manija. ¡Claro, para él es muy fácil! Se tira a la noche sobre el colchón y ya está roncando. Yo soy más complicada que él para dormirme. El televisor ayuda, pero a veces me resulta difícil encontrar algo que me divierta. Antonio dice que él se duerme rápido porque viene reventado de trabajar. ¿Y yo qué? ¿O acaso hace falta manejar una máquina todo el día para quedar forfay?

No soy una señora bien que tiene alguien que le haga todo lo de la casa. La que siempre labura aquí como una burra soy yo solita. Soy la que lava, plancha, hace los mandados, prepara la comida y, de yapa, tiene los pisos, los muebles y las cortinas impecables. ¿Y a mí me van a contar que es el reviente el que te hace dormir? Si fuera por eso, yo sería la Bella Durmiente. A esta altura de la suaré muy bella que digamos no, pero durmiente, seguro.

¡Qué bronca que me da lo de la belleza y todo ese tralalá! Veo en la calle a las pendejas con su ropa chiquita por todos lados y quiero pisarlas. ¿Cuánto hace que no me dicen un piropo? El Antonio mil años, pero por la calle tampoco se dan cuenta de que yo paso. En vez de la Mujer Maravilla me he convertido en la Mujer Invisible. Con los años, veía que cada vez me decían menos cosas, pero cuando me di cuenta realmente de lo que pasaba,

fue cuando noté que al pasar frente a las obras en construcción ni siquiera me silbaban.

Ahora, me miro en el espejo y no puedo creer lo que veo. Si me pongo una pollera un poco más arriba de las rodillas parezco Maradona, si uso una remera un poco apretada los veinte kilos que engordé en estos años aparecen todos juntos a la vez ¡Y el pelo! Yo, que era de las que usaban flequillo y el pelo largo y lacio, ahora tengo que vivir tiñéndome estas mechas grises que ni plata para que me las arreglen en la peluquería tengo.

¡Pero carajo, la loca sigue a los alaridos! Bueno, un poco de pena me da. Es vieja, vive sola y no tiene nadie que la venga a visitar. Yo, por lo menos, tengo al Antonio y a la Juana que cada tanto aparece con mi nieto y el bolido de Cristian. Me da gracia pensar que toda la vida la nena me echó en cara que le hubiésemos puesto el nombre de la abuela y resulta que ahora le gusta porque está de moda y suena “cheto”. Peor me parece a mí que ella le pusiera al hijo un nombre de viejo, pero no voy a meterme. La única vez que quise opinar, me dijo que nadie me había preguntado nada y que Tobías era un nombre “copado”. Seguro que el tarado que tiene al lado le deja que haga lo que a ella se le ocurra. ¡Pero que infeliz que es ese tipo! Antonio es serio, callado, pero siempre educado con la gente. A este otro, no le sacás un gracias o un por favor, ni con un sacacorchos.

Cuando Juana lo trajo por primera vez a casa, flaquito, con una remera medio rota y los jeans apretados, yo pensé que lo había adoptado. Pero no, nuestra hija nos estaba presentando a su NOVIO y hasta el arito que tenía el tipo en la oreja parecía que brillaba más cuando ella lo llamaba así.

Después, los tuvimos que bancar cinco meses viviendo con nosotros; yo creí que me iba a suicidar. A los pla-

tos, vasos y cubiertos sucios que siempre dejaba Juana, ahora se sumaban los de Cristian; a la ropa de ella tirada por toda la casa, se agregaba la de Cristian; a las mañanas de malhumor de la nena, se juntaban las de Cristian. ¡¡¡Basta!!!

Un día agarré toda la ropa desparramada por la casa, hice una pila al lado de la puerta de entrada y les grité: "¡O la guardan o se van!". Se fueron. La nena dice que el problema no fue lo que dije sino la forma en que lo hice. ¿Y qué pretendía? ¿Que le avisara: "Madam, la ropa está preparada para que usted la guarde"? ¡Ma' sí! Por suerte tuve esa reacción, porque después de un tiempo y de la intervención de Antonio, nos volvimos a amigar, pero no volvieron a casa. Si yo no me hubiera sacado entonces, ahora las remeras, los pantaloncitos y las medias de Tobías estarían adornando el televisor, la mesa del comedor y los sillones del living. Que vivan como quieran, pero no conmigo.

¡Ah, bueno! Ahora empezamos con los tangos; dale, cantate "Mi noche triste". ¡Pero qué mina! Por rayada que esté podría pensar un poco en los demás y en la hora que es, en vez de aullar en la ventana.

Me hace acordar a mi hermana Graciela, ella siempre fue así, sólo le importaba ella misma; cualquier vestido o cualquier cosa que le compraban los viejos, enseguida lo comparaba con lo que yo tenía para ver si era mejor. Nunca se preocupó por lo que sentían los demás; si la estaban pasando bien o la estaban pasando mal, le daba lo mismo. Cuando la veo llegar tan mansita los sábados a la tarde para tomar unos mates juntas, no puedo creer que sea la misma. No hay que desearle el mal a nadie, pero es increíble cómo le enseña la vida a bajar el copete a mucha gente.

El difunto de mi cuñado, que en paz descanse, me lo comentó alguna vez. “A tu hermana no hay manera de tenerla contenta, siempre quiere algo más”. Un poco tarde abrió los ojos; para cuando me dijo eso, ya llevaba más de diez años de casado con Graciela. ¡Y pensar que yo estaba tan enamorada de él! Mientras fue el novio de Graciela, Jorge nunca me dio bolilla; lógico, yo era una flacucha de catorce años y Graciela una piba relinda de veinte. Cuando se dio cuenta de que yo andaba por ahí, era demasiado tarde; yo estaba casada y hay cosas con las que no se juega, así que lo saqué carpiendo en cuanto se quiso acercar. Bueno, en realidad correrlo no me costó mucho porque a mí ya no me hacía ni fu ni fa.

Lo de Marcelo sí que fue bravo. Me acuerdo que el día que apareció en casa para arreglar las canillas de la cocina, me quedé boba. ¡Qué pinta! Pelo castaño, ojos oscuros grandes y un lomo que te la voglio dire. En ese momento yo todavía estaba a full y a los diez minutos empezamos con las miradas de reajo que siempre terminaban encontrándose. Después, tres o cuatro veces nos encontramos por ahí para tomar algo y entreverarnos un poco adentro del auto. La cosa se puso difícil porque yo a esa altura al Antonio no quería cornearlo, pero me moría por estar con el otro. Al final, cuando los entreveros ya se estaban yendo al carajo, fue cuando planté bandera y le dije a Marcelo que se terminaba todo. Todavía no sé si hice bien o mal, pero recuerdo que en aquel momento me pareció que era lo mejor.

La verdad es que para mí Antonio sólo fue un premio consuelo por no conseguir a Jorge, pero tan mal no me fue en el reparto. Siempre fue mucho más laburador; el otro ni siquiera fue capaz de darle hijos a mi hermana o de tener casa propia. Todavía recuerdo el día que murió, estábamos velándolo y apareció aquella piba, con pinta

de gato, gritando que Jorge era el amor de su vida y que quería verlo. Graciela tuvo un ataque de nervios y entre Antonio y el hermano de mi cuñado se llevaron a la mina a la calle. No sé qué le dijeron porque Antonio no me lo quiso contar, pero lo que importa es que no jodió más. Al final, Jorge siempre se quejaba de cómo era mi hermana pero él tampoco fue ninguna joya.

¿Y este silencio? ¿Hará mucho que se calló la de arriba? Estaba tan entretenida recordando que ni me di cuenta de lo que pasaba.

Bueno, media vuelta en la cama y a tratar de dormir.



A CIEGAS

Palpó el bolsillo del saco y extrajo su llavero. Con la precisión de un movimiento habitual, colocó la llave en la cerradura y abrió la puerta. Al cerrarla, corrió el pasador y entró en el living comedor. La pata de una silla se interpuso en su camino y lo hizo tropezar. Le pareció raro. Desde el accidente que a sus siete años lo dejó ciego, él había aprendido a dejar las cosas siempre de igual manera y en el mismo lugar. Golpear una pierna contra una silla corrida no era mayor problema, pero darse la cabeza contra una puerta abierta podía llegar a serlo. ¿Habría sido él quien la corrió?

Se detuvo en la mitad de la sala y trató de percibir algún sonido inesperado, algún roce mínimo; sólo silencio a su alrededor. Con cuidado tanteó la frutera que estaba sobre la mesa, los adornos de la repisa, los almohadones del sofá y la mesita del abandonado televisor de su mamá. Nada parecía distinto, nada fuera de su sitio. Caminó con lentitud y, palpando las paredes, verificó que todos los cuadros colgaran donde debían; luego se dirigió a su habitación. No notó nada anormal en ella y tampoco en el baño o la cocina.

Terminada la inspección abrió la heladera, sacó una tarta, encendió el horno y la puso a calentar. Junto con el departamento había heredado a Estela, la señora que había atendido a su mamá y que, una vez por semana, venía a limpiar y a dejarle la comida preparada.

Pensó en la silla con la que había tropezado y volvió a inquietarse. ¿Cómo era que estaba corrida? Nunca le

había pasado una cosa así. A Estela recién le tocaba venir dentro de dos días y era él quien le abría la puerta. La única persona que tenía otro juego de llaves de su casa era Olga, su hermana, pero ella se había quedado con el departamento de Mar del Plata; allí vivía y era impensable que viajase sin avisar.

Cuando la tarta estuvo caliente apagó el horno, la retiró y la sirvió en un plato. La colocó sobre una bandeja junto a los cubiertos, el vaso, una servilleta y una botella de vino y se dirigió al comedor. Antes de comer prendió la radio y, como una enredadera, la música de FM Tango se deslizó entre los muebles, trepó por paredes y cortinas y se enroscó alrededor de Horacio.

Un fuerte portazo dado en el ascensor superó el volumen de la música y lo sobresaltó. Era extraño que cualquiera de sus vecinos de piso hiciera semejante escándalo al llegar. Se levantó y apoyó su oído derecho en la puerta, pero no percibió nada.

Nervioso, volvió a la mesa. Las noticias de la radio lo distrajerón. La gente estaba eufórica con la elección de un Papa argentino y lo festejaba como a un gol de Messi. Se alegraba por los ciegos que pedían limosna por la calle. Nada como un corazón alegre para abrir los bolsillos de la gente.

Al terminar de comer, levantó todo y lo llevó a la cocina; lo lavó, lo secó y lo guardó. Luego decidió acostarse, pasó al dormitorio y se dirigió hacia la ventana para correr las cortinas. En su caso era un gesto inútil, pero se había acostumbrado a ejecutarlo cuando su madre quería dormir. Al estirar la mano, se dio cuenta de que las cortinas ya estaban cerradas, pese a que él las había abierto como todas las mañanas al levantarse.

La silla del comedor, las cortinas corridas...alguien había estado en ese cuarto. ¿Qué podría haber buscado?

Plata no tenía; secretos, solo los normales. Y, pensándolo mejor: ¿por qué al portazo que se escuchó en el palier no lo siguió el sonido de un timbre o de alguna puerta que se abría? ¿Habría alguien allí? Horacio comenzó a agitarse y gruesas gotas de transpiración resbalaron a lo largo de su cuerpo. Mareado, con el corazón desbocado y trastabillando, se dirigió a la cocina para servirse un vaso de agua.

Evalúo sus posibilidades. El mejor camino era quedarse quieto adentro del departamento. No podía llamar por teléfono pidiendo ayuda porque, en realidad, no tenía un motivo concreto para hacerlo. Tampoco podía salir del departamento por temor a que alguien lo esperara afuera.

¿Y si el timbre sonara?



(D)ESPEJADA

Aquí estoy, aquí estás. Separadas por un vidrio plano que nos enfrenta. Mis ojos se ven reflejados en los tuyos que reflejan los míos reflejando los tuyos que reflejan... Tan borgeano todo. En tu mirada está la mirada de papá, en tu sonrisa está la sonrisa de mamá... Tan palitortegueano todo.

Me/te miro y me cuesta reconocermé en esa imagen pálida, desteñida, que parece tener más de sesenta años cuando en realidad no ha cumplido los cincuenta. Consecuencia de tanto alcohol, sin duda; consecuencia del cáncer que se aloja en mi pulmón, también.

Ese reflejo que hoy me duele, ¿fue alguna vez el de una nena alegre? Tal vez sí o tal vez no, por aquel entonces yo no perdía tiempo en mirarme. Hasta los doce o trece años no creo haberte frecuentado y cuando lo hice fue más para preguntarme cómo me veían los otros que cómo me veía yo. Mis ojos se transformaban en los ojos de los demás y desde ellos me observaba en forma crítica. Nada distinto a la actitud que tomaba hacia todo lo que hacía: debía ser buena, debía ser educada, debía ser estudiosa para que todos me quisieran y me admiraran. ¡Cómo si ambos sentimientos tuviesen necesariamente que convivir! Ajustándome a esas premisas fui abanderada en el primario, cuarto promedio en el Nacional Buenos Aires y luego entré en Filosofía en la UBA. Allí empecé a buscar mi vida, tuve distintas parejas y adherí a una ideología de amor al prójimo y reivindicaciones a través de la violencia que, a mis veinte años, sonaba a catecismo.

Paralelamente, fui conociendo los puntos débiles y los puntos fuertes del rostro que me mostrabas: aprendí a remarcar mis ojos, a colorear mis mejillas y a enmarcar el contorno con un pelo largo y lacio que sostenía con un pañuelo anudado al costado... Tan sixty todo.

Después, fue la diáspora. Nosotros continuamos nuestros encuentros, pero ya a través de los espejos de la casa del tío Blas, el primo de mamá que me alojó en su casa de Bilbao. De joven, había peleado en la guerra civil española del lado republicano y me recibió y protegió con el mayor cariño. La amabilidad no hizo más fácil la sensación de la derrota. La cara ojerosa que me aguardaba todas las mañanas por encima del lavatorio me recordaba mis noches sin dormir, repasando las noticias que llegaban desde Argentina. Fue en aquellos años cuando murió papá y yo pasé días y días llorando y culpándome, convencida de ser la causante de la tristeza que detuvo su corazón.

Finalmente, pude regresar a mi casa y a mi mamá. Sus ojos y los cristales de los espejos, no reflejaron a la que se había ido temerosa y entera sino a la que había vuelto temerosa y quebrada. En la ausencia, yo había encontrado una nueva compañía que me ayudaba a afrontar mis días. Viviendo entre vascos no había sido extraño aprender el disfrute del vino que, con el tiempo, convertí en abuso.

Al volver, busqué el grupo de compañeros al que había pertenecido pero ya no existía. Unos exiliados, otros ejecutados, varios desaparecidos (que es decir muertos) y, los pocos que quedaban, buscando clausurar detrás de paredes el tramo de vida que habíamos compartido.

Soledad, alcohol; clases particulares, alcohol; algunos amigos de la infancia encontrados por azar: café, silencio, caminos separados; alcohol.

Ahora, hace unos meses, decretaron mi muerte cercana por el tumor que tengo en el pulmón y que se ha dispersado por mi cuerpo. He decidido venir a contártelo porque vos vas a desaparecer conmigo y tenés derecho a saberlo. No te entristezcas demasiado, una muerte más no afectará al mundo y nosotras ya no tendremos que preocuparnos por soportar el peso de cada día.

De todos modos, he decidido que la situación es demasiado importante como para enfrentarla en medio de la niebla. No quiero hacerme la distraída ni verla llegar por el rabillo del ojo.

El día que me dieron el diagnóstico, salí del consultorio del médico, fui a Alcohólicos Anónimos y, desde entonces, no he faltado a ninguna reunión ni he probado una gota de alcohol.

El final de un ser humano es algo tan solemne e irreversible que quiero estar consciente de su arribo. Lo único que deseo, cuando llegue, es tenerte a vos a mi lado para mirarnos a los ojos por última vez.



DÍAS DE LLUVIA



Pocas cosas entristecían tanto a Lucía como el tiempo gris y de finas lloviznas que se prolongaba eternamente a lo largo de tres o cuatro días. La monotonía era intolerable.

Distinto era lo que ocurría con las grandes tormentas. Cuando el agua caía con violencia y el viento doblaba los árboles, su casa se volvía más cálida y la intemperie más desafiante. Disfrutaba calzar sus botas de goma, enfundarse en su capa impermeable con capucha y salir al patio a chapotear en el barro. La madre no aprobaba aquellas excursiones: “¡Te vas a resfriar!”. “¡Adentro, que diluvia y te estás empapando!”. Finalmente, la excusa de quitar las cucharas de las cañerías para que el agua corriera desde la canaleta al pozo del aljibe era la que actuaba siempre a su favor.

En esos días tormentosos de invierno, cuando las calles se anegaban y algunas ramas caían de los viejos árboles que bordeaban las veredas, era seguro que sus padres no la dejaban ir a la escuela. Nunca obtuvo el permiso para hacerlo y siempre lo lamentó; lo que la apenaba no era perder las clases sino el no poder estar presente en lo que, según los pocos compañeros que iban, se convertía en toda una fiesta. Las maestras llevaban al salón de actos a los cinco o seis alumnos que se presentaban en cada grado y allí pasaban la mañana corriendo y jugando todos juntos.

Quedarse en la casa la enfrentaba al posible aburrimiento y buscaba evitarlo de muchas maneras. Ester, su

vecina y amiga, pertenecía al pequeño grupo de los que iban a la escuela aunque el cielo se desplomara y, por lo tanto, no podía contar con ella. Desde que eran muy pequeñas siempre habían jugado en la casa de una o de la otra. El padre de Ester era martillero y su enorme patio siempre estaba colmado de objetos que permitían el armado de circos, negocios y casitas; todo extraño, todo divertido. Incluso una vez hubo un sulky, reservado para vender, que las llevó a pasear por todas las tierras cuyos nombres conocían en ese entonces. El único problema que había en aquel lugar era el hermano menor de su amiga; había que dejarle participar en todo o exponerse a una lluvia de cascotes cuando se le decía que no. A medida que fue creciendo, su costumbre de pelear continuó y la casa de Ester dejó de ser una opción para ir a jugar. Por eso, generalmente se juntaban en la de Lucía y, por eso también, ella la extrañaba mucho en los días lluviosos.

Para distraerse se rodeaba de libros, álbumes de fotografías, cuadernillos para pintar o, maravilla total, se refugiaba en el altillo al que se accedía por una vieja escalera de madera que subía desde la cocina. El cuarto no era ni muy grande ni muy pequeño y la presencia de los peldaños empinados con su barandal ahumado y pegajoso, nunca le preocupó. Tampoco llamaban su atención las paredes oscurecidas por los años y el humo de la cocina. En aquel lugar, inhabitado e inhabitable, se amontonaban un oso y un conejo de paño, una cocinita azul con el horno sin tapa, cuatro o cinco muñecas más o menos completas, un cochecito de paseo sin ruedas, un baúl con ropa vieja de ella y de su hermano mayor, otro con vestidos que su mamá ya no usaba y un destartelado perchero en el que colgaban dos sombreros y un descosido sobretodo de su papá.

Aquella habitación era emocionante porque permitía sospechar, cada vez que se revisaban sus trastos, el encuentro con algún objeto maravilloso y desconocido todavía. Desde su estrecha ventana, se divisaba el patio posterior de la casa con el cuadrado embaldosado en rojo y blanco al cual se abría la puerta del comedor de diario. Más allá, se extendía el resto del terreno, con la tierra apenas cubierta por algunos pastos que verdeaban en el verano y amarilleaban en el invierno. Un cantero con achiras separaba las dos partes y un angosto camino de cemento evitaba embarrarse cuando había llovido y era necesario llegar al depósito del fondo. Dos durazneros, unos rosales ralos, un laurel y un olivo, plantados junto a uno de los tapiales que rodeaban el terreno, completaban la visión del patio.

Los días de lluvia, el encanto y el misterio del lugar aumentaban. Por la ventana, se filtraban la luz escasa y el sonido del agua que caía. Detrás de los vidrios se balanceaban las copas de los árboles y, cuando las sombras avanzaban, una lamparita colgante del techo alumbraba el lugar lo mínimo necesario. En esos días en particular era cuando Lucía cerraba la puerta y abría su mundo. Con los libros leídos y las películas vistas en el cine del pueblo, inventaba historias; un sombrero, un vestido, o un par de zapatos de taco alto la transformaban en protagonista y su voz se hacía más grave o más aguda según el personaje representado. Las paredes del altillo pasaban a ser de barro, de madera o de mármol; picos montañosos, torres de castillos o árboles desconocidos horadaban el techo.

Un día, Heidi y Peter corrían en búsqueda de un cabrito perdido; otro, el capitán de un barco caía herido por la espada de un pirata y una muchacha valiente, al frente de los marineros, salvaba la nave; otro más, la po-

licía buscaba a un pobre vagabundo y una jovencita lo escondía en su casa y lo ayudaba a conseguir trabajo antes de, por supuesto, casarse con él.

Abajo, en la cocina, la madre disponía la masa y la grasa caliente para preparar las tortas fritas con las que celebraba la lluvia. El aroma de la fritura ascendía al altillo y desde allí bajaban risas, gritos y frases ininteligibles.

En aquellos momentos, la mamá sonreía y la hija creía que algo así como la felicidad, era posible.



UN ÁRBOL DE NAVIDAD

*“El mundo es este pedazo de tierra,
para muchos tan pequeño que se mide
en trancos de hombre”.*

El cantar del poeta y del bandido

Héctor Tizón

“¡Permiso!” “¡Permiso!”.

Con la enorme caja del árbol de Navidad a cuestas, Andrés se abrió paso entre los pasajeros del tren y se ubicó en el espacio que separaba dos vagones. Eran las ocho y media de la noche y el transporte estaba lleno pero no colmado. No veía la hora de llegar a su casa. Con paciencia y algunos sacrificios, había ahorrado lo suficiente para comprar el árbol que siempre quiso y nunca tuvo. Sus padres eran pobres y jamás se les hubiese ocurrido gastar el dinero en algo así. Ni a él ni a sus hermanos les había faltado comida o ropa decente, pero la plata estaba para lo que se necesitaba y no para lo que se quería.

Cuando se casó con Susana, compró un pequeño arbolito navideño con una especie de maceta cuadrada blanca que todavía usaban como adorno sobre la mesa, en las comidas de Nochebuena. Pero él deseaba un arbolito en serio. No era por un tema religioso; había algo en la imagen de la familia alrededor de un árbol de Navidad que a él lo emocionaba. Demasiados dibujitos de Billiken, demasiadas películas yanquis, lo que fuera, aquello era lo que Andrés sentía y quería vivir.

Esa tarde había ido a un negocio con el dinero ahorrado para comprar el dichoso arbolito. Cuando comenzó a mirar los distintos modelos se quedó con la boca abierta: los había dorados, plateados, verdes, blancos, pequeños, grandes y, entre todo ellos, uno altísimo, como de dos metros. Era verde, tupido, con ramas que salían del tronco y se dividían en otras ramas que volvían a dividirse en ramitas más pequeñas y éstas, a su vez, en otras más chicas... Andrés se volvió loco, el precio de aquél árbol consumía todo lo que había ahorrado. No quedaba un mango para comprarle un solo adorno. Pero ya no había otro árbol posible; parecía que fuese natural, un pino en serio, era lo más hermoso que podía haber imaginado. Dio varias vueltas, quiso olvidarlo pero no pudo y terminó comprándolo. Ahora, mientras se balanceaba en el tren con la caja parada al lado, sólo podía pensar en la cara de sus dos hijos y en la de su mujer cuando lo vieran.

Con alegría bajó en la estación y caminó lo más rápido que pudo las siete cuadras que lo separaban de su casa. Abrió la verja, cruzó el pequeño patio de adelante y entró en su casa con el tremendo paquete.

Tomás y Sebastián se acercaron curiosos y Susana se asomó a la puerta de la cocina para ver qué era aquello que Andrés había colocado en el centro del comedor-dormitorio (ella y su marido tenían una habitación y en el comedor dormían los hijos en un diván con un carrito abajo). El papel que envolvía la caja fue roto y las distintas partes del pino colocadas sobre el piso. Andrés armó el trípode que sostendría el tronco, colocó éste en su lugar, lo coronó con la parte superior y comenzó a abrir las ramas. En cuanto extendió las dos primeras, Susana pensó: "Está chiflado. Si abre todo este árbol aquí, o comemos en el patio o los chicos duermen colgados de las

ramas". No dijo nada en voz alta, lo que había comprado su marido era tan desgolletado que si abría la boca iban a terminar peleándose mal. Andrés necesitó abrir la sexta rama para llegar a igual conclusión que su mujer; allí el árbol no se podía armar. No se desmoralizó, con una carcajada exclamó: "¡Al patio le va a crecer un árbol!", y allí se fue, a ubicar el pino adelante de la casa.

Cuando todas las ramas y ramitas estuvieron abiertas, la hermosura del árbol fue evidente para la familia. Los chicos empezaron a saltar y a reír y pidieron que les alcanzaran los adornos para colocarlos. El padre se puso serio y contestó: "Este año tenemos el pino, el año que viene le compraremos los adornos".

Su mujer estaba tan enojada, le pareció tan grande el disparate, que el único comentario que se le ocurrió fue no hacer ninguno. Los chicos no entendían nada y lloriqueaban, para ellos un año de espera era lo mismo que diez o cien.

Amargado y mal dormido, Andrés se fue a la mañana siguiente para la fábrica. Esa noche sería Nochebuena para los demás y Nochemala para ellos.

Susana, avergonzada por lo que su marido había hecho, decidió no cruzarse con ningún conocido y quedarse en la casa limpiando y preparando la comida para la noche.

Al mediodía, alguien tocó el timbre de la reja de entrada. Un mendigo estaba en la vereda; Susana entreabrió la puerta de la casa y le preguntó qué quería. "Por favor doña, estoy con hambre y no tengo un peso. ¿Me ayuda con algo?". La mujer de Andrés miró al vagabundo: flaco, vestido con ropas viejas y limpias, los dedos grandes de los pies asomando por las zapatillas... "Espere un minuto" dijo. Se dirigió a la cocina y preparó un sandwich grande de jamón y queso que envolvió en una servilleta

de papel, después lo colocó dentro de una bolsa de plástico junto con una naranja, una manzana y una botella vacía de Coca Cola que llenó con agua fría de la heladera. En otra bolsa, guardó un par de zapatillas viejas pero enteras que Andrés no usaba más y, antes de abrir la puerta, estiró la mano y agregó, en la primera bolsa, uno de los turronec que a su marido le habían regalado para las Fiestas. Cruzó el patio y a través de la verja, le alcanzó las dos bolsas al vagabundo y le dijo que esperaba que las zapatillas fuesen de su número.

El hombre, agradecido, le contó que se había detenido en su casa porque cuando vio un árbol de Navidad tan bonito estuvo seguro de que la gente que vivía allí debía tener un buen corazón. Susana, tristonaa, le contestó "Sí, muy bonito pero sin ningún adorno".

En ese momento, el mendigo se sacó una medallita que llevaba colgada al cuello con una cinta y le pidió: "Por favor, colóquela donde usted quiera, déjeme ser el primero que adorne el arbolito". La mujer lo miró confundida, pero fue y ató la cinta en una de las ramas del pino. El hombre sonrió, dio media vuelta y se marchó.

Carolina, la nena de la casa de al lado, estaba en la vereda observando lo que pasaba. Cuando el vagabundo se fue, se acercó corriendo y le pidió a Susana que la dejara prender en una rama la hebilla con mariposas azules que acababa de sacarse del pelo. Doña Dominga, sentada como siempre al lado de la ventana, vio lo que ocurría enfrente, fue a su jardín a cortar unas rosas y las llevó para ponerlas en el pino. Josefa, otra vecina, pensó "esas flores son muy lindas pero van a durar poco"; buscó entonces papel, armó una colección de flores y mariposas de colores y cruzó la calle para llevarlas. Doña Carmen recordó en ese momento que le habían sobrado unas guirnaldas del cumpleaños de la nieta menor; también

ellas partieron hacia la casa de Andrés. A su vez, Susana buscó en los cajones del ropero la bolsa donde guardaba los moños de los paquetes de regalos y los distribuyó por el árbol mientras su comadre Rosa extendía cintas de colores por encima de las ramas.

Cuando Andrés volvió del trabajo y dio vuelta en la esquina, no pudo creer lo que veía. Allí, en el medio del patio delantero de su casa, el pino se elevaba cubierto de arriba a abajo de flores, guirnaldas, cintas y pequeños juguetes. Una gran estrella de papel plateado brillaba en su punta.

Todos los vecinos lo esperaban en la vereda y lo recibieron con gritos, aplausos y abrazos. Y esa noche, por primera vez en su historia, las familias sacaron las mesas a la calle, los chicos más jóvenes trajeron la música y en el barrio “El Mosquito” se comió, se bailó y se bebió hasta la madrugada.



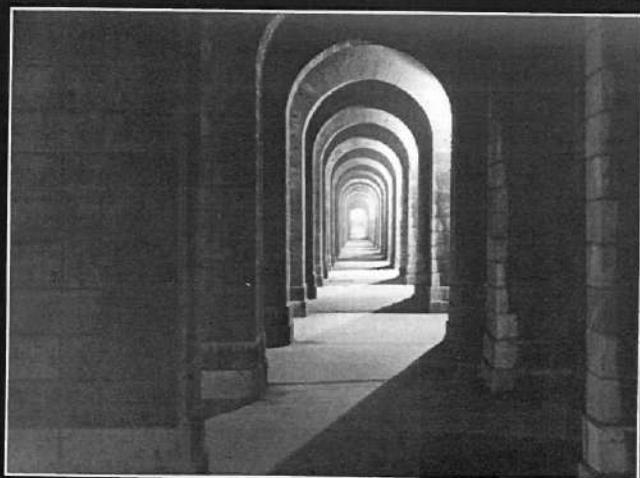
ÍNDICE



| | |
|---------------------------|----|
| ZOOM..... | 11 |
| PEDRO..... | 13 |
| LA INICIACIÓN | 19 |
| INVIERNO EN OSTENDE | 23 |
| CUESTA ABAJO | 27 |
| UN SAUCE LLORÓN | 31 |
| MILONGA NEGRA..... | 35 |
| INTERVALO | 39 |
| ADELA, SOLA..... | 43 |
| JAQUE MATE..... | 47 |
| MOSAICO | 53 |
| 3 A.M. | 59 |
| A CIEGAS..... | 65 |
| (D)ESPEJADA..... | 69 |
| DÍAS DE LLUVIA | 73 |
| UN ÁRBOL DE NAVIDAD..... | 77 |

Imagen de portada:
Brassaï
Rue de Rivoli, París, 1937.

Imagen de contratapa:
Brassaï
Viaduc d'Auteuil, 1932.



La vigencia del cuento en la historia de la literatura, muestra la eficacia de este género para mostrar con belleza, intensidad y emoción las múltiples facetas de la condición humana. Así, estos dieciséis cuentos que componen *Zoom* de **Fanny Ustarroz**, se acercan con lúcida mirada a su objetivo, hasta horadar en los mínimos avatares del alma; ya sea que la autora apele al uso del estilo indirecto libre, el monólogo interior o el soliloquio. La mayoría de los cuentos giran alrededor de un personaje omnipresente y el lector es atrapado por la carnadura y veracidad de estas criaturas, hasta sumergirse en oscuras pasiones o en un trajinar preso del miedo, el desencanto, el fracaso, el encono, la soledad o el horror.

A veces hay luces que se encienden: "Si... insistiera en mirar las cosas y levantar el velo que las cubre, entonces, quizás, un día podrá tomar una hoja de papel y dibujar... una tierra violeta que se extienda hasta unirse, en el horizonte, con un cielo amarillo brillante" -dice la autora en *Mosaico*-. Y nosotros, seducidos lectores, llegando casi al final de esta feliz experiencia ante un libro depurado e inquietante, celebraremos la lluvia, con la protagonista del penúltimo cuento, en la intimidad del hogar y desde un altillo, amparados por el sonido del agua y la imaginación de una niña, mientras la madre prepara tortas fritas y ella, la hija, sueña con "una felicidad posible".

Marta Braier

ISBN 978-987-729-314-2



9 789877 293142

PROSA
EDITORES